

Alberto Mayol

LAS 50 LEYES DEL PODER
EN *EL PADRINO*

arpa

SUMARIO

INSTRUCCIONES PARA CRUZAR EL INFIERNO	15
PRIMERA PARTE. LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE <i>EL PADRINO</i>	
La cabeza de caballo	27
Vito Corleone, el motor inmóvil	33
En el origen fue Agátocles	41
La Cosa Nostra	48
¿Qué es el poder?	60
¿Por qué 50 leyes? Razones y arbitrios	67
SEGUNDA PARTE. 50 LEYES DEL PODER EN <i>EL PADRINO</i>	
Decisiones y negociaciones	75
Ley n.º 1	
<i>Todas las situaciones, condiciones y vicisitudes pueden ser una oportunidad y, por ello, cada circunstancia y lugar deben ser estudiados en detalle</i>	79
Ley n.º 2	
<i>La pasión es enemiga del poder</i>	89
Ley n.º 3	
<i>Todas las misiones que han merecido tal carácter son igualmente relevantes</i>	95

Ley n.º 4	
<i>Las decisiones relevantes solo se discuten con quienes toman parte en la decisión</i>	98
Ley n.º 5	
<i>Si hay que elegir entre la eficacia y la eficiencia de una decisión, elige la eficacia</i>	106
Ley n.º 6	
<i>No toda acción debe responder a una estrategia, pero toda acción debe ser coherente con la estrategia</i>	112
Ley n.º 7	
<i>Si un estúpido controla un imperio, tú puedes tomar ese imperio. A menos que seas más estúpido que aquel que controla el imperio (y no lo sepas)</i>	113
Ley n.º 8	
<i>Un gran táctico puede ser un pésimo estratega</i>	117
Ley n.º 9	
<i>En una negociación nadie debe salir humillado</i>	124
Ley n.º 10	
<i>Piensa como tus enemigos...</i>	131
Ley n.º 11	
<i>...Y que nadie sepa lo que estás pensando</i>	136
Ley n.º 12	
<i>Desconfía de los mediadores, suelen tener un bando</i>	141
Ley n.º 13	
<i>No hay nada, nunca, que sea más importante que la razón</i>	146
Ley n.º 14	
<i>Nunca sabemos si el enemigo explícito es el enemigo último</i>	150

Ley n.º 15	
<i>Los recursos deben ser usados en proporcionalidad a su relevancia</i>	153
Ley n.º 16	
<i>Que tus actos sean predecibles en tiempos de paz e impredecibles en tiempos de guerra</i>	159
Ley n.º 17	
<i>El culpable debe ser del tamaño del problema. Si no lo es, entonces no lo has encontrado</i>	164
Ley n.º 18	
<i>Cualquier característica personal puede ser susceptible de convertirse en un recurso para acumular más poder</i>	166
Ley n.º 19	
<i>Cuando un accidente se repite, es mejor ser supersticioso</i>	177
Vicios y virtudes del gobernante	179
Ley n.º 20	
<i>La prudencia es la mayor virtud del gobernante</i>	181
Ley n.º 21	
<i>La arrogancia es el mayor pecado del que administra poder</i>	183
Ley n.º 22	
<i>Hay cosas que simplemente se hacen y luego se olvidan</i>	187
Ley n.º 23	
<i>Mucha de la información que recibes son mitos. Tener información propia es esencial</i>	189
Ley n.º 24	
<i>En momentos difíciles, gana tiempo</i>	192

Ley n.º 25	
<i>Todo grupo que aspira a acumular poder debe estructurarse con un carácter monolítico</i>	194
Ley n.º 26	
<i>Es imperativo cuidar del propio mundo</i>	203
Ley n.º 27	
<i>El respeto no es la mejor arma, pero es el mejor escudo</i>	206
Ley n.º 28	
<i>La permisividad es una fuente de grandes problemas</i>	209
Ley n.º 29	
<i>Quien perdona una traición siempre estará en peligro</i>	216
Ley n.º 30	
<i>Nunca aceptes una humillación, salvo que tengas posición dominante</i>	220
El poder es más grande que tú	225
Ley n.º 31	
<i>Nadie es inmune a la transformación del poder y si eres inmune, sencillamente morirás</i>	227
Ley n.º 32	
<i>Todo hombre tiene su destino</i>	232
Ley n.º 33	
<i>El crecimiento de tu poder no se ha consolidado si la sociedad no se ha enterado. Pero no se pueden enterar por ti</i>	235
Ley n.º 34	
<i>Nada es personal en el juego de los intereses. Pero al observar el panorama comprenderás que todo es personal</i>	238

El orden importa	243
Ley n.º 35	
<i>No se debe resentir el darwinismo radical del poder</i>	245
Ley n.º 36	
<i>Hay hombres para tiempos de paz y hombres para tiempos de guerra</i>	248
Ley n.º 37	
<i>No se debe abusar de los recursos</i>	251
Ley n.º 38	
<i>Cultiva el secreto y el poder crecerá estable</i>	253
Ley n.º 39	
<i>Nunca se debe ostentar una negación y menos decir simplemente «no» a quienes se aprecia</i>	257
Ley n.º 40	
<i>Un escenario de aparente debilidad puede convertirse en un problema real</i>	261
Ley n.º 41	
<i>Desconfía de las situaciones extrañas</i>	265
Ley n.º 42	
<i>Las historias verosímiles son un poder relevante</i>	271
Ley n.º 43	
<i>El ejercicio del poder debe desplegarse con la mayor sutileza posible</i>	277
Ley n.º 44	
<i>Todos los recursos son armas</i>	279

TERCERA PARTE. LA IMPORTANCIA DEL ORDEN

Ley n.º 45	
<i>Hasta lo ilegítimo debe ser institucional</i>	283

Ley n.º 46	
<i>El caos es el poder del lumpen</i>	286
Ley n.º 47	
<i>Los favores articulan poder</i>	295
Ley n.º 48	
<i>La posición es más importante que las piezas</i>	297
Ley n.º 49	
<i>Abogados, abogados, abogados</i>	300
Ley n.º 50	
<i>No hay poder en la mentira</i>	302
Ley n.º 50 bis	
<i>La lealtad del pueblo es tan frágil o tan intensa como es la categoría del líder</i>	304
CODA	311

«Un abogado con su maleta puede robar
más que cien hombres armados».

El Padrino

INSTRUCCIONES PARA CRUZAR EL INFIERNO

Todos habitamos el poder, por fortuna o desventura.

El poder es un sol nocturno. Posee la energía del astro rey y la oscuridad de la noche.

El poder es el príncipe de este mundo.

Es indispensable haber digerido este saber. La mayor parte de las veces vivimos en el mundo sin conciencia de estas breves sentencias. No imaginamos la relevancia de sus consecuencias. El poder puede estar en la dirección de la llamada telefónica, en la veloz respuesta silente de una mirada, en la risa burlona ante una presunta amenaza, en un pescado envuelto, en el título de un correo electrónico, en una cabeza de caballo en tu cama.

Y es que normalmente pasamos nuestros días sin prestar atención a la más incómoda y menos simpática de las variables: el poder. Preferimos la ingenuidad, la risa, el juego, el delirio metafísico o el frenesí de la carne. Pero en cada acción, como un submundo réplica de nuestro mundo, el poder sube o baja, como un gráfico para cada humano, como el aroma de un barrio, como el destino de una familia. El poder. Podemos disfrutar livianamente de la vida y, sin embargo, se mueve. El poder se mueve.

Incautos arribamos a nuestros destinos de cada día sin pensar siquiera cuánto poder hemos perdido, cuánto hemos ganado y cuánto podemos perder. Y todavía menos comprendemos que habitar el poder es compartir tu cuarto con Satanás. Siempre. Todos habitamos el poder y, por ello, en nuestro cuarto cada noche duerme Satanás, con gran calma, con la certeza absoluta de que no importa de cuántos valores nos blindemos, siempre podrá arrastrarnos al pecado en el preciso momento en que el poder exija nuestro pronunciamiento.

No es lo mismo saber que tomar conciencia. Sabemos que el poder se expresa como una montaña, con una cima radicalmente más angosta que su base. Sabemos que acumular más poder, que ir más arriba en la montaña, es difícil. Lo sabemos. Pero no tenemos conciencia. Nos imaginamos que el camino de su acumulación será un grato paseo por un parque. El poder, sin embargo, es tanto una necesidad como una maldición. Cuando ganamos en su juego, nuestros días se tornarán más difíciles. Cuando perdemos, nuestros días serán horribles. El poder no es un grato compañero. Pero sin su compañía la vida es un espanto.

Todos habitamos el poder. Él estuvo antes que el verbo.

La sombra del poder viaja por el mundo a mayor velocidad que la luz. Pero normalmente no nos enteramos. Los hombres de buena voluntad avanzan por las calles redondeando meticulosamente su odio a los poderosos. Buscan que su odio sea puro y perfecto. Suele acontecer en ciertas épocas. Y suele ser una buena noticia. Ese odio, con un poco de suerte, eliminará algo del moho que habita en los pasillos del poder. Los hombres de buena voluntad, con algo de suerte, habrán hecho quizás un aporte. Pero no siempre la suerte acompaña a las almas nobles. Y en esos casos, frecuentes a decir verdad, los buenos oficios tienen la eficacia de la pólvora mojada.

Vivimos en una era que pretende quitarle poder a la autoridad. Si la historia de la humanidad había sido intentar

darle autoridad al poder, ahora sencillamente la sospecha inunda la sala de operaciones. Pero no es solo eso. También es una época donde prevalece el desconocimiento del poder. Todo se reduce a decir: el poder es malvado. Este analfabetismo es un mal compañero para la aventura de sociedades que buscan afrontar los mayores desafíos de su historia. Para cruzar el infierno no basta la buena voluntad, no basta la energía. Se requiere más. Y la historia intelectual de quienes han puesto su mente y sus manos en la cuestión del poder lo saben.

En el siglo xvi, Nicolás Maquiavelo escribió *El Príncipe*, un tratado para enseñar a administrar el poder al que lo tiene. En el siglo xx, Mario Puzo y Francis Ford Coppola crearon *El Padrino*, una saga literaria y cinematográfica, un *opus* que enseña a construir el poder al que no lo tiene. Pero esta no es solo una historia sobre la mafia, no es solo la historia del crimen. Es una historia que enseña que el poder importa.

La lección del poder no es hermosa, no es delicada. Su problema no es lo bello, es lo sublime. Su potencia estética radica en la grandeza, y la grandeza no se puede rechazar. Tampoco se puede ir tras ella, pues no reside en un sitio ni está a la espera de su cazador. La grandeza se produce, se construye y se conquista en cada empresa mayor, arriesgando siempre hasta lo inimaginable.

Cuando quedamos de cara al poder estamos ante lo incomprendible, normalmente por deliberada ceguera o por insuficiente precaución. El poder es una habitación oscura que nadie nos querrá mostrar. Y si deseamos no saber nada, fácilmente lo lograremos, porque darnos ojos ante el poder no es una misión habitual. Este libro (y el proyecto que lo sustenta) nace como un ejercicio para iluminar ese territorio oscuro. Pero no tendremos jamás una luz brillante. Así es la historia, con un poco de suerte forjaremos una tiniebla más tenue.

¿Por qué visitar ese sitio en penumbra?

Porque, para protegerse de los horrores, es preciso cruzar el infierno.

Decidí escribir este libro sin las formalidades académicas, a pesar de lo que considero su profundidad, porque en este libro conservador subyace una rebeldía cuya fuerza (espero) nunca se agota. Y esa rebeldía no es meramente intelectual. Nace de dolores estomacales, de quebrantos, de soledades infames, de delicadas u obscenas traiciones. Las razones intelectuales de este libro han sido solo una parte de su génesis. Se combinaron, hace tiempo ya, con un sentido de supervivencia.

Cuando las leyes que se exponen en este libro estaban en su etapa primigenia, recurrí a ellas inquieto por mi futuro. Eran momentos en los que era fácil imaginar un destino amargo. Mi derrota parecía inevitable (y lo era). Un frío invierno de estepa rusa se vislumbraba en mi horizonte. Y no estaba yo en la estepa. Y no era Rusia la que pisaban mis pies. Seguía en la misma ciudad que me vio nacer. Observando la estepa imaginaria reflexioné y comprendí que esa derrota era por falta de poder y, peor aún, por mi dilapidación sistemática de él en cada conducta. Esto no ocurrió solo una vez. Fueron varias las ocasiones donde la penumbra arribó a una radical oscuridad y donde el frío fue la temperatura de la desolación.

En los distintos episodios mi instinto me llevó a recordar que alguna vez había detectado algo así como «las leyes del poder» en el *opus* de *El Padrino*. La necesidad tiene cara de hereje, por lo que emprendí un camino (tímidamente al principio) en el que formalizar y cumplir estas leyes era el desafío. Pero las leyes del poder, el sentido práctico de ellas, no podían existir sin una reflexión sobre el poder en sí mismo. Fue en ese proceso que me concentré en la fisura entre la política y el poder, pues ambos son, en rigor, antípodas. Cuando la política desaparece solo queda el poder. Ante

nuestros ojos aparece una entidad que no ha fijado sus límites, que no conoce fronteras. Y con ella aparece también la necesidad de pensar e investigar el objeto «poder», puro y simple, como una línea recta en medio de un cuadro de Kandinsky, como la pregunta por la luz y su carácter ondulatorio o particular. En ese juego, en ese navegar sin instrumentos precisos, me alejé de Max Weber (el gran clásico de la sociología, mi faro) y volví a tomar aquella novela leída de adolescente luego de la fascinación por ver la película *El Padrino*. Volví a Puzo una vez más. Y volví a Coppola. Ahora buscaba afinar los detalles, ahora quería lograr penetrar en ese universo cuyas leyes debía enunciar. Ávido de una verdad que me fuera útil, fatigué las noches y los días. Sí, vaya desafío, una verdad útil.

Aún recuerdo el estremecimiento que sentí cuando comprendí, como en medio de un misterio que nos ha revelado su secreto, que *El Padrino* (la novela) no era sobre la mafia, no era sobre la familia, no era sobre Italia ni sobre los sicilianos en Nueva York. Comprendí que no era sobre los crímenes, que no era sobre el dolor y la necesidad de matar a un hermano, que no hablaba acerca de la tragedia de huir de lo ominoso para caer en el Banco del Vaticano (Banco Ambrosiano). O mejor dicho, que sí era todo eso, pero que había algo más, algo que en realidad estaba debajo (y siempre lo que está debajo es más importante). Y eso que estaba debajo era Maquiavelo, la Italia de poder sin política, su grandeza y su pequeñez. Y que todo ello era un símbolo de lo humano.

Mario Puzo había reescrito *El Príncipe* de Maquiavelo, pero lo hacía en 1969 (450 años después de su origen), inspirándose en una historia que abarcaba (en la novela) hasta 1955 (desde 1900, aproximadamente). Luego, en la versión cinematográfica tanto Mario Puzo como Francis Ford Coppola avanzaron más décadas, escribiendo un último libreto que excede las fechas originales, abriéndose a una nueva generación

(los nietos de Vito Corleone, el padrino), construyéndose un relato que llega hasta la década de los ochenta, involucrando un radical esfuerzo por mostrar las entrañas del poder en ese lugar donde el misterio se apuesta a sí mismo, el lugar donde el poder no necesita armas porque su única arma está en aquel que concentra el poder, que, con razones más o menos comprensibles, recibe la fortuna de la potencia. El vilipendiado *El Padrino III* es, en realidad, una obra mayor. Los remilgos de los críticos de cine, influenciados formidablemente para no darle el Óscar (y hacer ganar una película que a nadie le importó nunca), son irrelevantes: la obra es, además de formidable, una oda a la valentía política. Juan Pablo II, el socio ideológico de Reagan y Thatcher, era el papa. La película venía a decir cómo Juan Pablo II había llegado a ser papa. Y la historia era ominosa.

Puzo no se centró en la mafia, no estuvo fundamentalmente enfocado en investigar el funcionamiento de las familias italianas dedicadas a los negocios ilegales en Nueva York o en Chicago. En cambio, Puzo reconstruyó narrativamente la teoría del poder de Maquiavelo y la puso en escena en forma de novela, mezclando el juego de Dostoyevski con el perfilamiento de los muy distintos hijos de *Los hermanos Karamazov* (además del asesinato interno en la familia), con la muy evidente filosofía del poder del autor de *El Príncipe*. Y luego Coppola logró que la imagen transformara la metafísica del poder en una física del poder. Antiguo y Nuevo, Puzo y Coppola, surge así el testamento, la clave del poder justo antes de que el mundo dejara de comprenderlo con radical disfrute y para su propio mal.

Pasó el tiempo desde esos años atrás, casi de juventud, en que la lectura de Puzo me reveló un maquiavelismo fino y profundo. Por entonces comencé a trabajar el problema del poder, pero no fui capaz de ir lejos, no tuve la osadía de cruzar las fronteras disciplinarias y los moldes impuestos

para vociferar los nombres prohibidos de un novelista y un cineasta como dos teóricos del poder al nivel de los grandes. Esa falta de valentía fue un cierre cognitivo. Hoy me avergüenza: había aceptado las leyes que me hacían débil. No pude reconocer lo que veía ni expresar lo que sentía. La juventud es temeraria, pero no osada. Los investigadores queremos el reconocimiento de los pares sin comprender que esa es una extraordinaria manera de no innovar, de convertirse en funcionario sin necesidad (nadie puede criticar a un funcionario que debe funcionar, pero un intelectual que debe pensar no debiera impregnarse del alma funcionaria). Lo cierto es que coleccioné algunas observaciones del libro en algún archivo del ordenador, algún apunte en la copia de mi libro y alguna observación se quedó pegada exitosamente en mi memoria.

La ruta de comprensión del poder es una ruta oscura. Pero no duele. La vida personal, en cambio, tiene al poder como una daga constante, un cuchillo que vuelve siempre a abrir la misma herida y que, a veces para abundar en la desgracia, abre otra. Culpamos a personas, a situaciones. Y es correcto. Pero detrás de cada herida hay una asimetría, un acto de poder. Fue así que, siendo yo un joven académico, mis rápidos progresos en la vida universitaria terminaron donde debían: en la derrota total. Yo pensaba que mi talento serviría para ser aceptado y promovido. Renuncié a todo poder ofrecido, solo quería investigar y dar clases. Tarde comprendí que si no eres relevante solo puedes temer que una guerra entre terceros pueda afectar a tu posición. Y también entendí que, si eres mínimamente relevante, debes tener el poder para sustentar esa importancia. No era mi caso. Mi asesinato fue sencillo y dejé la academia. Me fui a trabajar a un banco. Tarde había comprendido que acumular progresos y no tener poder era una combinación pavorosa. Y lo peor es que es lógico. Si entras a una habitación y hay un cocodrilo,

huyes. ¿Por qué? Porque puede matarte y no puedes matarlo. Pero si entras a la habitación y hay una araña venenosa, buscas veneno y la matas. ¿Por qué? Porque puede matarte, pero tú también a ella (y con ventaja para ti).

Otro momento donde me vi obligado a avanzar en la comprensión del poder fue cuando intempestivamente entré en política. Y mi primera misión era ser candidato presidencial en las primarias nacionales del naciente Frente Amplio en Chile (2017). A pocos días de iniciar la aventura pude notar que los jóvenes líderes de esta coalición tenían un plan (ir lento con el proyecto político) y que no les gustaba mi presencia (quizá porque quería ir rápido o quizá por otros asuntos). Pero mi capacidad de incidir, que era razonablemente alta, no se correspondía con la fuerza administrativa y política para protegerme y proteger a quienes estaban cerca. Lo concreto es que fui un candidato presidencial pletórico de fuego amigo. Y fue así que, a punta de victorias pírricas, logré una derrota electoral honrosa sin errores relevantes y con algún acierto. Pero yo era una araña en la habitación. Y me expulsaron dos veces de la coalición política en juicios sumarios. Siempre sobreviví, sin embargo.

En estos dos momentos (y en otros más), las leyes que presento en este libro fueron útiles a tal punto de reducir los daños cuando estos eran inapelables y de generar modestas victorias en medio de un escenario muy difícil. Este ejercicio intelectual se ha hecho carne en varias ocasiones y ha tenido que batirse en duelo con ese desafiante ente llamado realidad. Pero estos eventos no fueron solo la aplicación de un saber, sino que fueron también el escenario donde se perfeccionaron. Estos dos momentos se convirtieron en un laboratorio para aprender a gestionar poder. Fue así que las leyes que fui construyendo desde hace más de una década, al principio como un juego, un día me rescataron del abismo. Comprendí que una mirada profunda de la obra de Puzo-Coppola (y no

quedarse solo en el goce estético) radica en asumir que en las normas hay siempre un poder y que, si quieres avanzar en un ambiente que no expresa un deseo recíproco, no puedes aceptar las leyes de otros, pues en ellas morirás. Y claro, formar leyes propias se dice rápido, pero no es fácil. ¿Ir y montar las leyes propias? Hay que ganar guerras. Y es necesario gozar de una claridad de escenario muy intensa. Y, por supuesto, debes saber que, de salir mal, la derrota será obscena.

De esta experiencia personal que condujo a la creación del libro solo debo destacar algo sobre Vito Corleone. *El Príncipe* de Maquiavelo es un libro escrito para un poderoso que debe conservar su poder. *El Padrino* es la historia de Vito Andolini (conocido como Vito Corleone), quien no tenía nada, que se había tenido que parar sobre la necesidad o sobre la vergüenza. Estaba solo, huérfano, niño, en otro país. Y entendía, con Marx, que las reglas de los poderosos a ellos servían. Y pensaba, ya sin Marx, que él podía hacer nuevas reglas hasta que tuvieran que incorporarlo a la élite. Era la historia de construir poder desde cero, de crear, de convertir cualquier cosa en un recurso. Por eso en una ocasión que recordé a Vito Andolini, luego de un día difícil, llegué a mi casa y saqué de la biblioteca *El Padrino*. Era tarde. Había hablado con mi esposa y nuestro balance no era auspicioso. Era casi medianoche y me acomodé en un sillón a leer a Puzo. Era un libro que ya tenía algunos años. Y encontré dos o tres subrayados, algunas páginas dobladas para marcar algo. Eran los inicios de esta sistematización. Busqué en mis archivos del ordenador lo que tenía sobre *El Padrino*. Algo había escrito otrora, pero era disperso, provisorio, vagamente inútil. Preferí leer a Puzo, volver al inicio. Como dije antes, era medianoche cuando comencé a leer la novela nuevamente. Lo terminé alrededor de la misma hora en la que hoy escribo esto, las 4:40 de la madrugada.

El libro, puesto en un contexto como el que vivía, era una revelación. Decidí inspirarme en la sabiduría proverbial de la obra y volví a sistematizar, mientras me encontraba en el campo de batalla. Era una escena absurda, profundamente evasiva, neurótica. Las preparaciones para la televisión, los eventos masivos y las reuniones dejaron de ser mi foco. Todo era Puzo. Y Coppola. Comprendí que llegar al final del desafío presidencial era imprescindible, que la derrota más grande era detenerse. En esa noche de aparente absurdo, donde elegí leer *El Padrino* y no prepararme para un día de candidatura presidencial, comenzó la formalización de las leyes y, perdonen la voluptuosidad, un pequeño renacimiento luego de mis tiempos medievales.

Así nacieron estas leyes del poder.

¿Por qué se llaman leyes? Porque lo son, a la manera de Moisés, pero también a la manera de Newton. Hay pecadores que creen que se trata de una metáfora, de un juego, de un negocio o de un ejercicio. Hay quienes vislumbran una mera recomendación genérica. Puedo decir que no es así. Son leyes. Y el que quiere incumplir alguna ley puede hacerlo (lo he hecho), pero habrá de saber padecer las consecuencias. Peor aún. Son leyes para las que no existen los abogados. Debes saberlo. Ante el poder siempre estarás solo, arrojado al mundo, con la enorme probabilidad de que el poder se olvide de ti dejándote en un lugar hostil o, peor, que se acuerde de ti para esperar al siguiente callejón oscuro y clavar un cuchillo en tu espalda.

El poder es el único veleidoso que siempre triunfa. No es poco. Normalmente le llamamos Dios, pero es solo para pronunciar el incómodo verbo que es su nombre.